



PLUMA Y LAPIZ

Número 144

S. S. LEÓN XIII EN LA SILLA GESTATORIA,
SALIENDO DE LA CAPILLA SIXTINA



LEÓN XIII EN LOS JARDINES DEL VATICANO

† León XIII

LA noticia, durante tantos días esperada por todo el orbe cristiano del fallecimiento del venerable sucesor de San Pedro, León XIII, tuvo triste confirmación en la tarde del 20 del corriente, produciendo el natural dolor en todo amante de la figura verdaderamente celestial del Santo Padre, pastor bondadísimo del rebaño del Crucificado.

La muerte de León XIII reviste importancia grande para todos los Estados donde la mayoría de los ciudadanos profesa la religión católica.

De tal manera se enlazan todas las cuestiones, se compenetrán todos los intereses y se completan todos los factores que contribuyen á la vida social en los Estados modernos, que un cambio radical de política en el Vaticano puede tener más influencia de la que á primera vista parece.

Tienen las doctrinas religiosas grande influencia sobre las masas. Aquel que lo dudase puede convencerse de ello con sólo ver lo que ocurre en Francia después de haber pasado ésta por tres

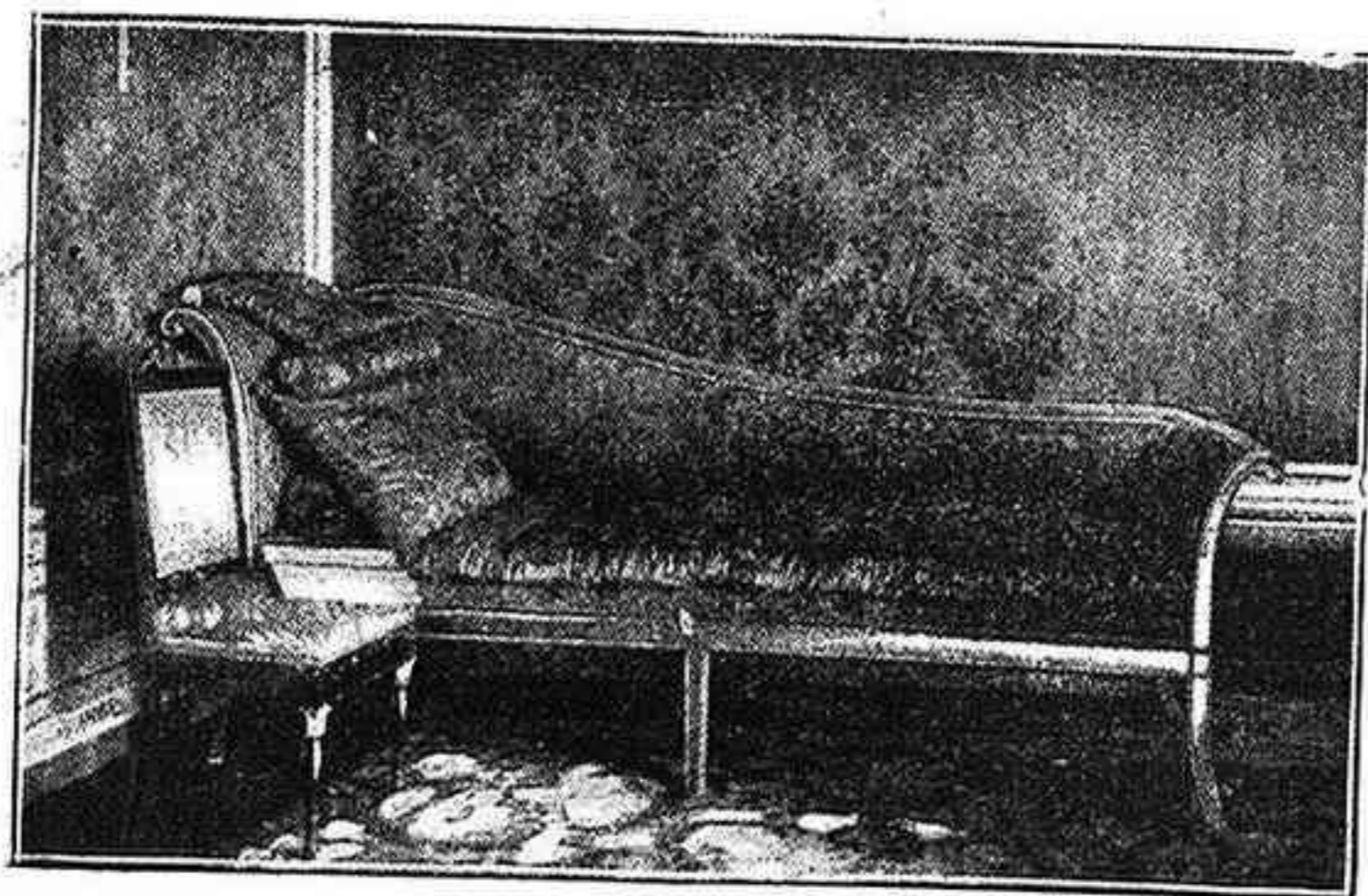
Repúblicas y por la Revolución de 1780. Cuando se ha tratado de expulsar á los congregacionistas, no han faltado turbas que apoyaran á los expulsados, á pesar de que al arrojar á los congregacionistas se cumplía una ley. Si en Italia ó en España se decretase algo que atacara los privilegios de que disfrutaban clérigos y frailes, habría también turbas—más ó menos ilustradas, más ó menos ricas, que querrían oponerse á que la ley se cumpliera.

El Pontífice Romano es el jefe de todos los católicos. Lo que desde el Vaticano manda tiene eficacia de orden para cuantos creen firmemente que es

de su deber cumplir sus mandatos. El Pontífice es quien por propia iniciativa puede adoptar una política determinada. Aun cuando influyan más ó menos los consejos de sus secretarios y allegados, él es quien decide en definitiva.

Por eso el cambio de Papa tiene importancia y trascendencia extraordinarias.

Además, la figura de León XIII ha adquirido



OTOMANA DE REPOSO DEL PAPA

tanto relieve que bien merece la atención que todos, altos y bajos le consagramos en estos momentos.

Joaquín Vicente, conde de Pecci, Papa bajo el nombre de León XIII, nació en Carpineto, diócesis de Anagni, el 2 de Marzo de 1810.

A los ocho años ingresó, con uno de sus hermanos, en el Colegio de Jesuitas de Viterbo. Muerta su madre en 1824, Joaquín Pecci volvió á Roma á vivir en casa de su tío, hermano de aquella, y siguió los cursos del estudio del Colegio Romano.

En 1828 obtuvo el premio de Física y Química. Su aptitud para la ciencia no le impidió cultivar su gusto por la literatura y los estudios clásicos.

Estudió entonces con grande afición el latín, cuya lengua hablaba con grande elegancia, y en la cual escribió versos de mérito indiscutible.

Al salir del Colegio Romano comenzó los estudios de Teología, y á pesar de ser muy joven recibió el encargo de explicar la asignatura de Filosofía en el Colegio Germánico. Se recibió de doctor en Teología en 1831.

Comenzó luego el estudio de Derecho en la Universidad de Roma. Se graduó en doctor *in utroque jure*. El 23 de Diciembre de 1837 se ordenó de presbítero, y delegado como protonotario apostólico, marchó á las provincias de Benevent, Spoleto y Perusa.

Preconizado arzobispo de Damiette *in partibus* el 27 de Enero de 1843 y nombrado nuncio de Pío IX en Bélgica residió en esta nación cerca de tres años. En recuerdo de su misión el Gobierno belga concedióle entonces el gran cordón del rey Leopoldo.

El 19 de Enero de 1846 fué nombrado arzobispo de Perusa; cargo que desempeñó durante treinta y dos años hasta su elevación á la silla pontificia. El 19 de Diciembre de 1850 fué nombrado cardenal de la Orden de los presbíteros.

En el consistorio del 27 de Septiembre de 1877 fué nombrado cardenal camarlengo y en virtud de las atribuciones de dicho cargo preparó el cónclave de Febrero de 1878, reunido con objeto de nombrar sucesor á Pío IX. Después de treinta y dos horas de cónclave, el cardenal Pecci fué elegido Papa, al tercer escrutinio, el día 20 del mismo mes.

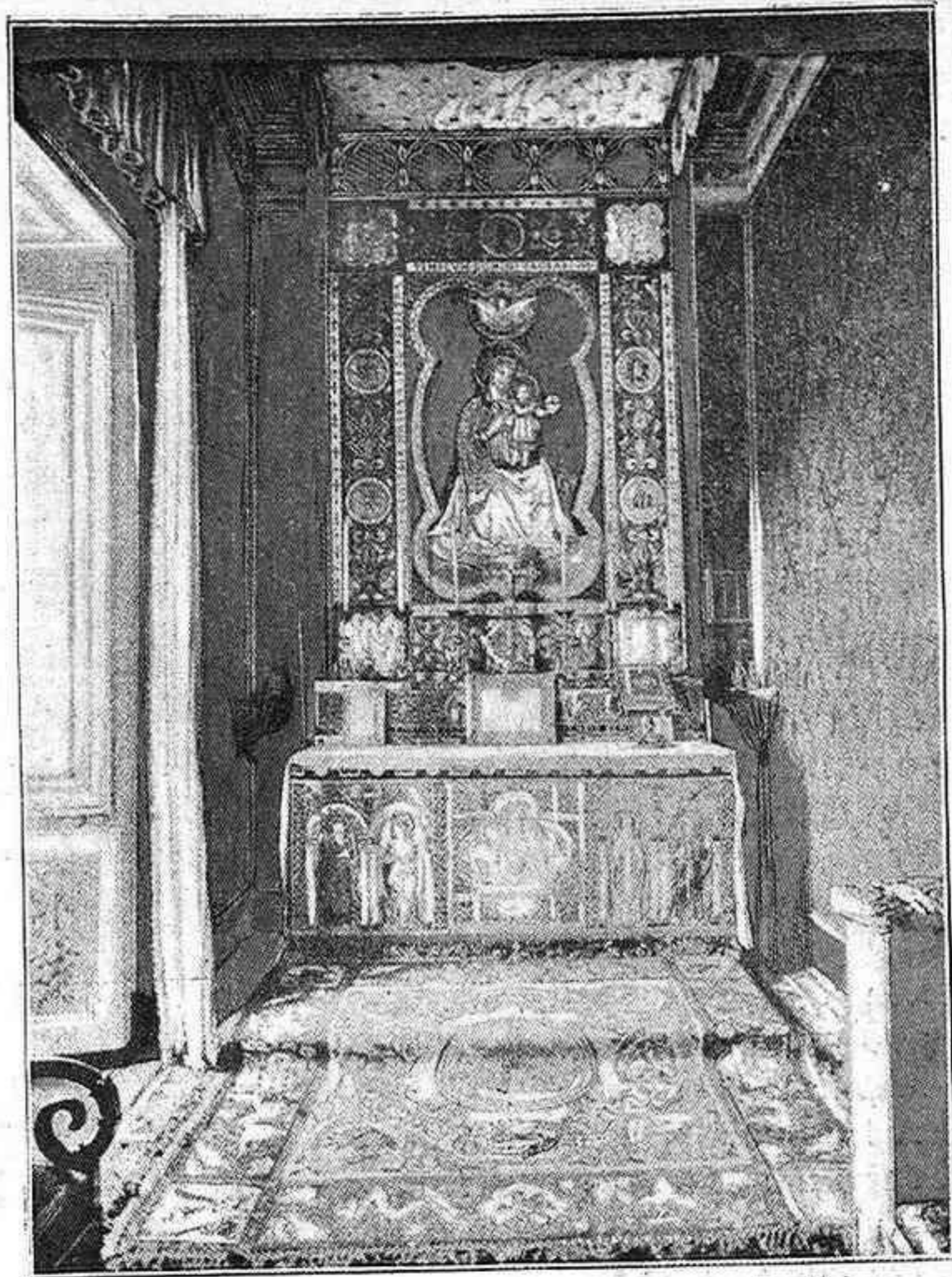
Con el nombre de León XIII comenzó á regir los destinos de la Iglesia. Inició una política nueva, acorde con las opiniones que había manifestado al frente del arzobispado de Perusa. Muy versado en las ciencias económicas y gran conocedor de la política de las naciones de Europa, León XIII supo atemperarse á las exigencias de los tiempos sin claudicar nunca.

La vida íntima del Sumo Pontífice que acaba de morir, es un ejemplo de la modestia más imitable y de la sencillez más austera.

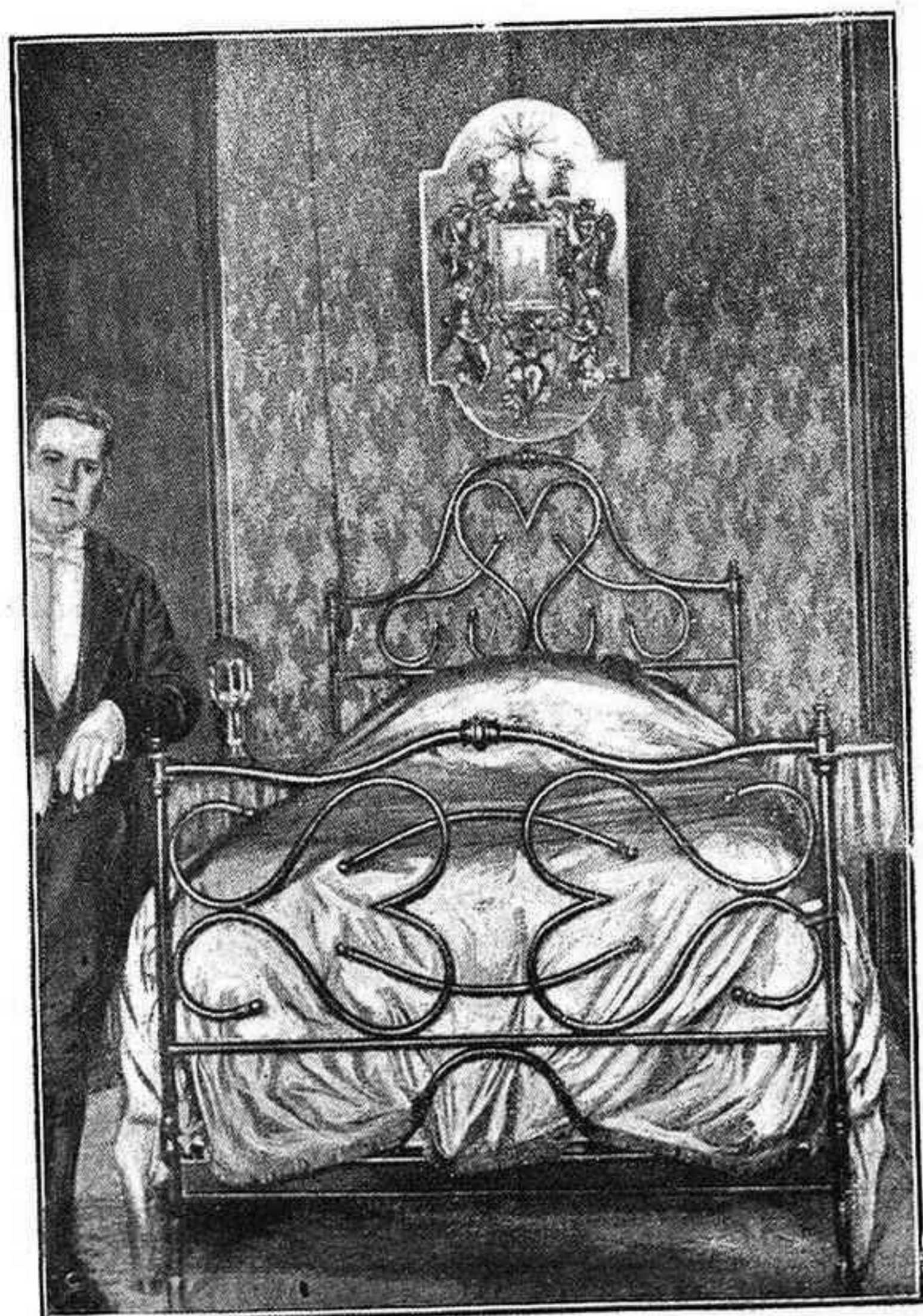
León XIII se levantaba temprano, á las cinco ó las seis de la mañana en verano, y á las siete en invierno. Después de haber hecho sus oraciones, celebraba la misa de siete á ocho en su capillita, sin más asistencia que la de su ayuda de cámara, el fiel Centra, que le servía de acólito, á menos que no le ayudase alguno de los *scopatori segreti*.

La unción del Papa en la celebración de la misa; su dignidad en las ceremonias litúrgicas; el cuidado que ponía en arrodillarse siempre que lo exigía el rito, á pesar de su avanzada edad; la emoción que con frecuencia agitaba su alma; todo era propicio á impresionar á los asistentes. Nada tan grandioso como aquel acto.

Al acabar la misa el Papa recitaba con fervoroso acento las oraciones que él prescribía á los sacer-



ORATORIO PARTICULAR DE S. S.



LECHO DEL PAPA Y SU MAYORDOMO

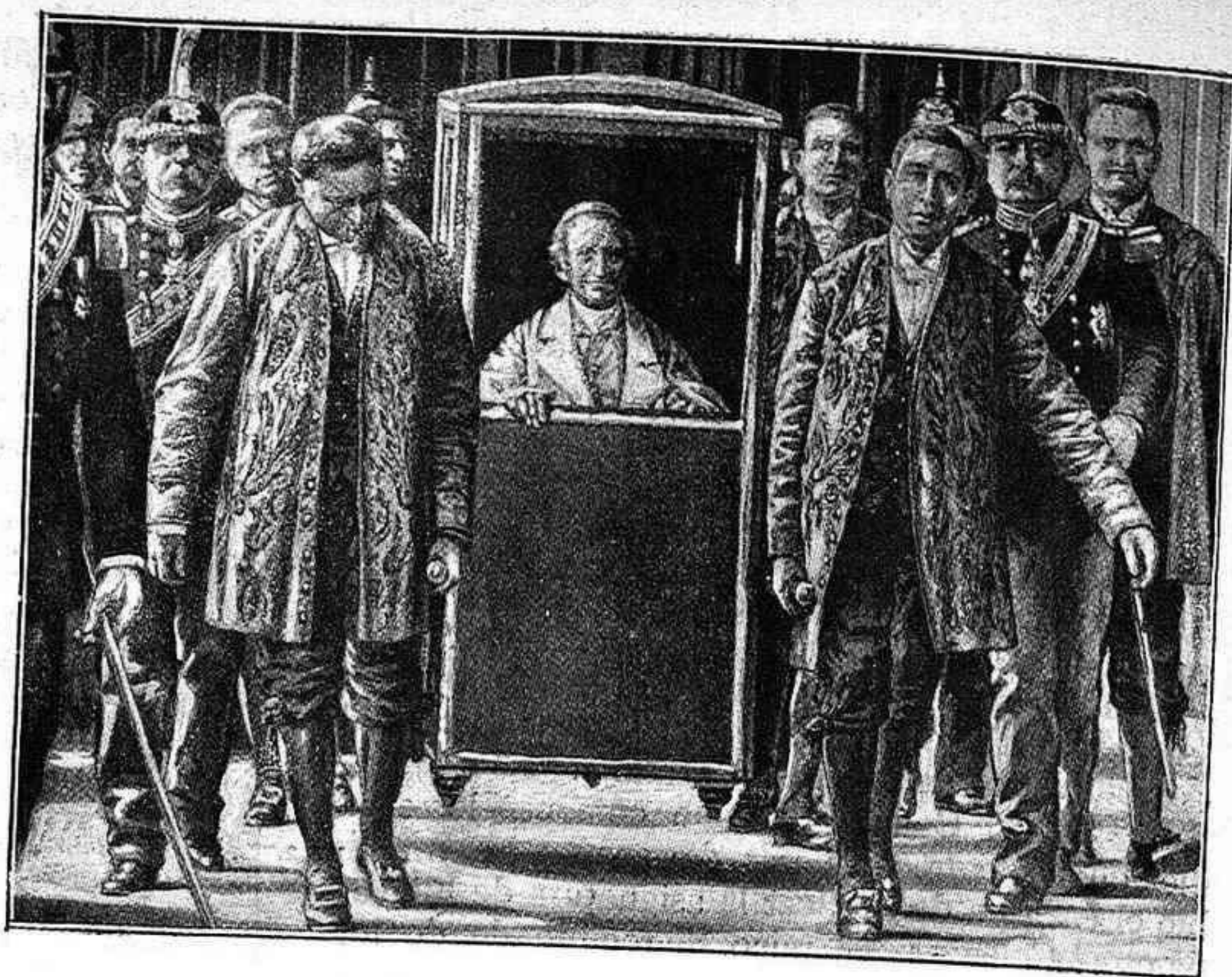
dotes. Cuando León XIII, los domingos y días de fiesta, hasta poco antes de su muerte, decía la misa en la capilla adosada á la sala del trono, á la cual eran admitidos los extranjeros, solía oír después otra, celebrada por uno de sus capellanes.

A las nueve de la mañana tomaba el desayuno: café con leche, con algunos bizcochos y un poco de miel. Después recibía á su secretario particular, el infatigable monseñor Angeli, clérigo educado en su escuela, en Perusa, y que participaba, con monseñor Marzolini y monseñor Ungherini, igualmente diocesanos de Perusa, el honor y la tarea de ayudar al Santo Padre en sus trabajos íntimos, de la correspondencia, elaborando proyectos de documentos y respuestas confidenciales.

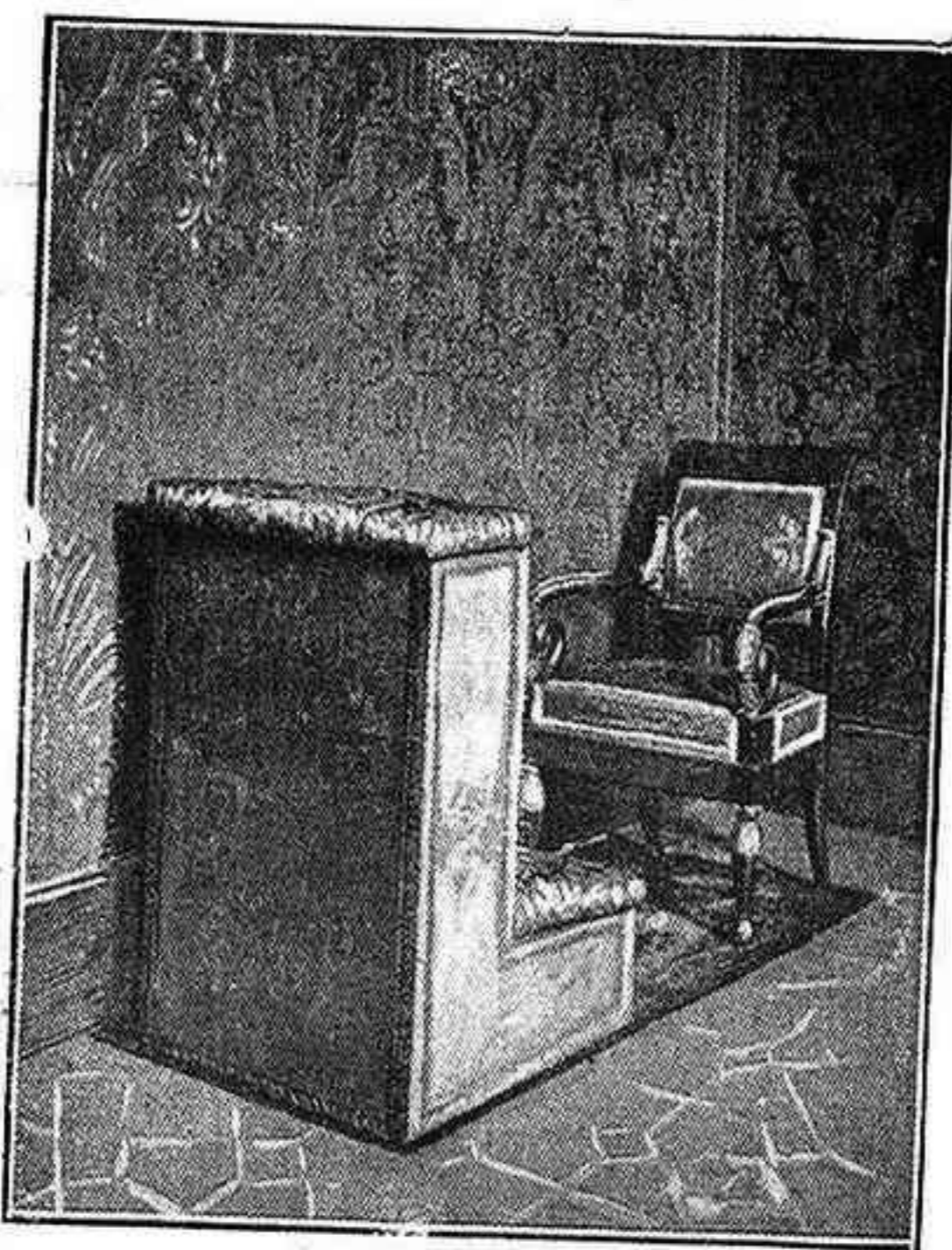
A las nueve y media entraba el cardenal secretario de Estado, quien exponía al Pontífice la marcha de los asuntos político-religiosos del orbe entero. Los martes y los viernes recibía al secretario de la Congregación de los negocios eclesiásticos extraordinarios y al sustituto del secretario de Estado.

Tras esta audiencia venían las de los demás cardenales prefectos de Congregaciones, que tenían cada uno su día de la semana ó del mes para dar cuenta á Su Santidad de los asuntos tratados por las Congregaciones romanas.

Son los jefes de los diversos ministerios eclesiásticos, donde se discuten los intereses de la Cristiandad y se resuelven en



LEÓN XIII EN SU SILLA DE MANOS



RECLINATORIO DEL PAPA

última instancia las dudas y litigios sometidos á la Santa Sede.

Las audiencias duraban de ordinario hasta la una de la tarde. Luego el Santo Padre se retiraba hasta el momento de su principal comida, que hacía entre la una y media y las dos. El *menú* era de los más sencillos: caldo, un plato de carne, generalmente ternera, legumbres y frutas, y con especialidad naranjas.

Se decía de él, encomiando su sobriedad, *mangia come un ucellino* (come como un pajarito). Gastaba cinco francos á lo más por día en su alimento. Bebía vino de Burdeos, que le enviaban frailes franceses de su cosecha.

Un dignatario laico de la corte, el *scalco segreto*, asistía á la comida del Papa. Lo era últimamente el comendador Sterbini, hijo de un antiguo empleado que tuvo Pecci en el Gobierno de Benevento.

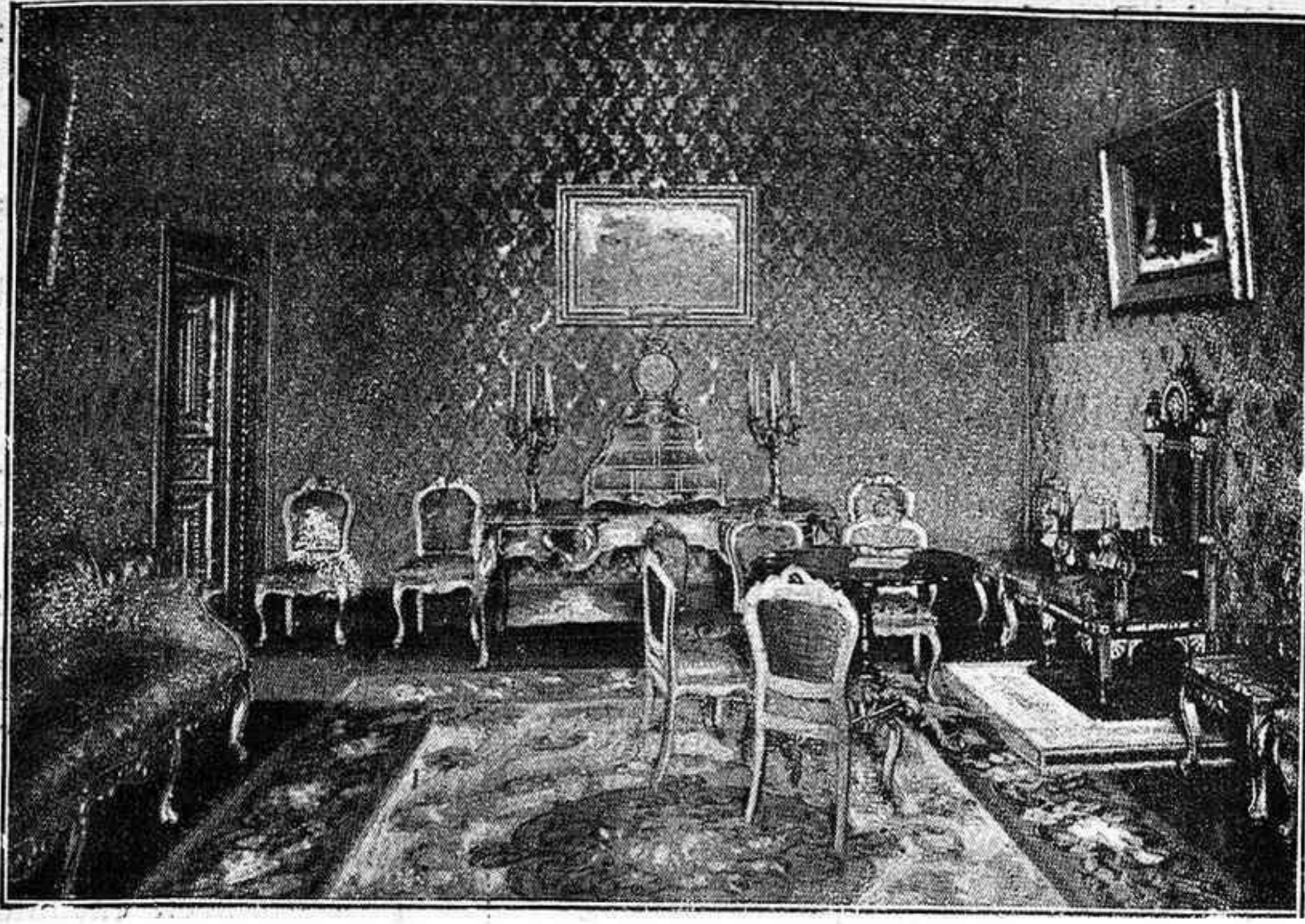
Concluida la comida, León XIII dormía una corta siesta en una meridiana.

A las cuatro reanudaba el trabajo, ayudado de monseñor Angeli, hasta las siete. Entre nueve y once de la noche hacía la segunda comida diaria, compuesta de sopa, huevos y legumbres.

Hora y media después del *Angelus* de la tarde ó del *Ave María*, el Pontífice, siguiendo la piadosa costumbre de rezar en familia, reunía á todos sus servidores íntimos en su capilla privada, y monseñor Marzolini re-



LA BENDICIÓN PAPAL



EL SALÓN DE LAS AUDIENCIAS

citaba en alta voz el rosario; después, las oraciones de la noche, con las invocaciones á San Pedro y á San Pablo, á San Joaquín y á Santa Ana; *De Profundis*, el *Dio sia benedetto*, etc.

Se acostaba tarde y dormía poco. A veces sólo dos horas. En sus insomnios recurría á la poesía para distraerse. En ocasiones se levantaba de la cama para escribir un verso.

Los consistorios, las beatificaciones, las canonizaciones, las audiencias solemnes, las peregrinaciones interrumpían á menudo el orden habitual de las costumbres del Papa. Ultimamente, apenas recibía á nadie, ni tampoco paseaba por los jardines del Vaticano, como era su gusto hacer en los primeros años del Pontificado. Los sitios de su especial predilección, en los famosos jardines, eran las alturas del Observatorio astronómico, el *casino*, cerca de la antigua torre leonina, y una viña que hacía cultivar con especial cuidado.

En medio del verano, en lo más fuerte de éste, solía olvidar los honores de su cargo en su modesta residencia campestre, y se dedicaba á componer versos, porque el Papa, era un poeta todo sentimiento y corazón.

Joaquín Pecci, como dice un ilustrado biógrafo suyo, no amaba la poesía á la manera de los escolares que buscan en ella triunfos pasajeros; no era un apasionado de la música de los versos; durante toda su existencia, laboriosa y fecunda, le consagró una parte de sus trabajos, tratando de encontrar en el lenguaje rimado y en la medida poética, ya un deleite para el espíritu, ya un medio de expresión para los sentimientos de un alma profundamente religiosa.

En tanto que residió en su diócesis de Perugia, ni los desvelos de su cargo, ni el estudio apasionado de la Filosofía es-

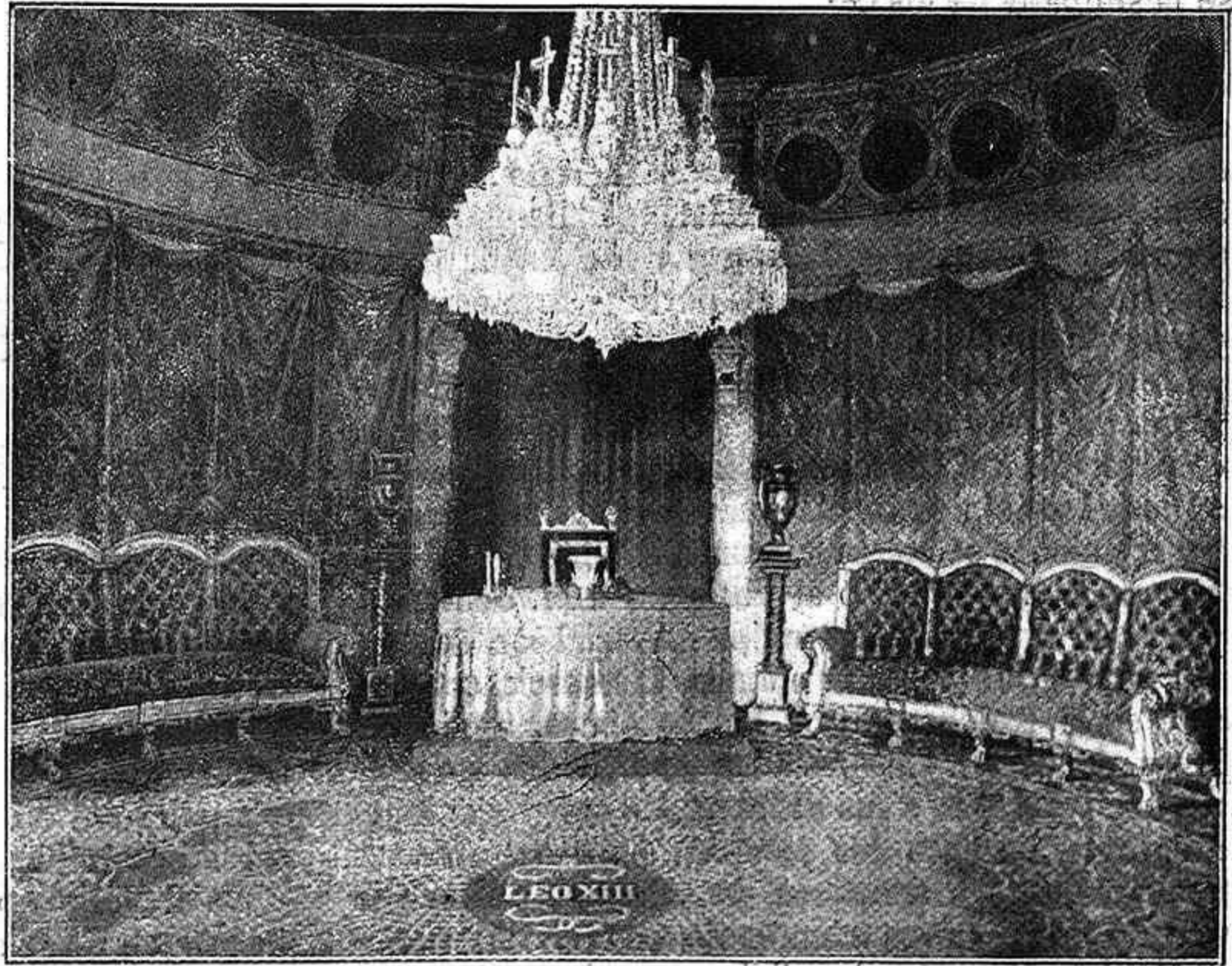
colástica, ni las meditaciones sobre los problemas político-sociales de la época, fueron parte á hacerle olvidar las emociones literarias de su juventud, que se aplicó con fervor á renovar durante la edad madura, y hasta en su extrema vejez, por un cultivo asiduo de la poesía. Las obras de Joaquín Pecci revelan, no solamente una grande inteligencia, la facilidad en la concepción, la pureza del estilo, que hay también en sus cartas pastorales, sino un poder de emoción, una capacidad para sentir una fuerza de imaginación, que son verdaderamente notables. Además, se encuentra el filósofo en el poeta. No es la imagen la que brota la primera: es el pensamiento el que preside

y pone á su servicio las hermosas imágenes. De ahí la sobriedad, la discreción en el empleo de las figuras retóricas, la firmeza del estilo, un vigor que se acentúa con la majestad del verso latino.

Al subir al Trono pontificio León XIII, no renunció á la poesía. La mayor parte de sus composiciones inspiráronse, naturalmente en asuntos religiosos. Son himnos, oraciones á los santos, odas piadosas; pero también compuso epigramas, epitafios, inscripciones destinadas á monumentos ó á retratos, toda clase de obras de circunstancias, de una versificación elegante y sonora. Trató asuntos modernos, y puede citarse como ejemplo, su oda «á la fotografía», de 1867.

En la mayor parte de los casos León XIII, escribía sus versos en latín. Algunas composiciones, sin embargo, están en italiano.

Imposible recordar en un espacio limitado todos



LA ROTONDA DE LA TORRE LEONINA

los detalles concernientes á la vida del Pontífice, sus triunfos, sus hechos y sus dichos.

Recordemos, no obstante, lo más curioso ó saliente de esa vida que se ha extinguido después de un reinado glorioso.

Dos años hace, León XIII, que nunca se había mostrado ferviente devoto de las medicinas, estaba aquejado de un catarro, que le producía frecuentes accesos de tos.

Como aquel día tenía que recibir una peregrinación ante la cual deseaba pronunciar un discurso, el doctor Lapponi le entregó una cajita conteniendo unos polvos contra la tos y le aconsejó que acertara el discurso.

El Papa fué á recibir á los peregrinos y empezó su discurso, del que no omitió ni una sola sílaba.

El médico trataba de llamar su atención tosiendo discretamente; pero Su Santidad no tragó los polvos, levantó aún más la voz para demostrar al médico que estaba bien, y al terminar la ceremonia se sacó la caja del bolsillo y la entregó al señor Lapponi, diciéndole:

—Ahí van los polvos, doctor; más falta le hacen á usted que á mí.

En una encíclica publicada el 28 de Diciembre de 1878, el nuevo Pontífice hizo un llamamiento á todas las fuerzas intelectuales del catolicismo para contrarrestar la propaganda de los socialistas y nihilistas.

Con este llamamiento, quiso León XIII captarse la simpatía de los Gobiernos de Europa, á fin de llegar á un acuerdo entre éstos y la santa Sede. Una de las naciones que respondieron más pronto al llamamiento de León XIII, fué Alemania. La dimisión del canciller Falk, autor de las leyes de Mayo, fué una concesión al partido ultramontano y pareció allanar los inconvenientes que auxiliaron para que el Vaticano y el Gobierno de Berlín llegasen á un acuerdo. No fué así. Las leyes de Mayo, contrarias á los intereses de la Iglesia, continuaron aplicándose sin provocar nuevas protestas. Por fin las relaciones se establecieron oficialmente. El Gobierno de Berlín envió al Vaticano á M. Schloezer, y á poco la visita del príncipe imperial de Alemania vino á confirmar la alianza. Bismarck, combatido en el Reichstag por los católicos, anuló las leyes de Mayo. Los prelados perseguidos y desterrados, volvieron á sus diócesis; las congregaciones religiosas, excepto los jesuitas, hallaron abiertas nuevamente las fronteras de Alemania. Este fué uno de los primeros triunfos de León XIII.

Cuando murió el célebre escritor Renan,

León XIII, delante de muchos prelados preguntó:

—¿Cómo ha muerto?

—Sin arrepentirse.

—¡Tanto mejor!

Hubo un instante de embarazoso silencio. Los cardenales se miraban entre sí.

—Pensaba sólo—dijo el Papa sonriendo—en el alma del que acaba de morir. Ha hecho algún mal á la Iglesia; pero le ha hecho mayor bien. Con sus ataques ha despertado el ansia de demostrar las eternas verdades de nuestra doctrina, y estoy seguro de que el Eterno tendrá misericordia para el que fué aquí el instrumento de su cólera.

León XIII era gran partidario y coleccionador de toda clase de reliquias. Durante su dilatada

existencia reunía una colección numerosa y un tanto abigarrada de restos de santos y santas, preciosos despojos que si no producen encanto á simple vista, son de grande utilidad para el alma.

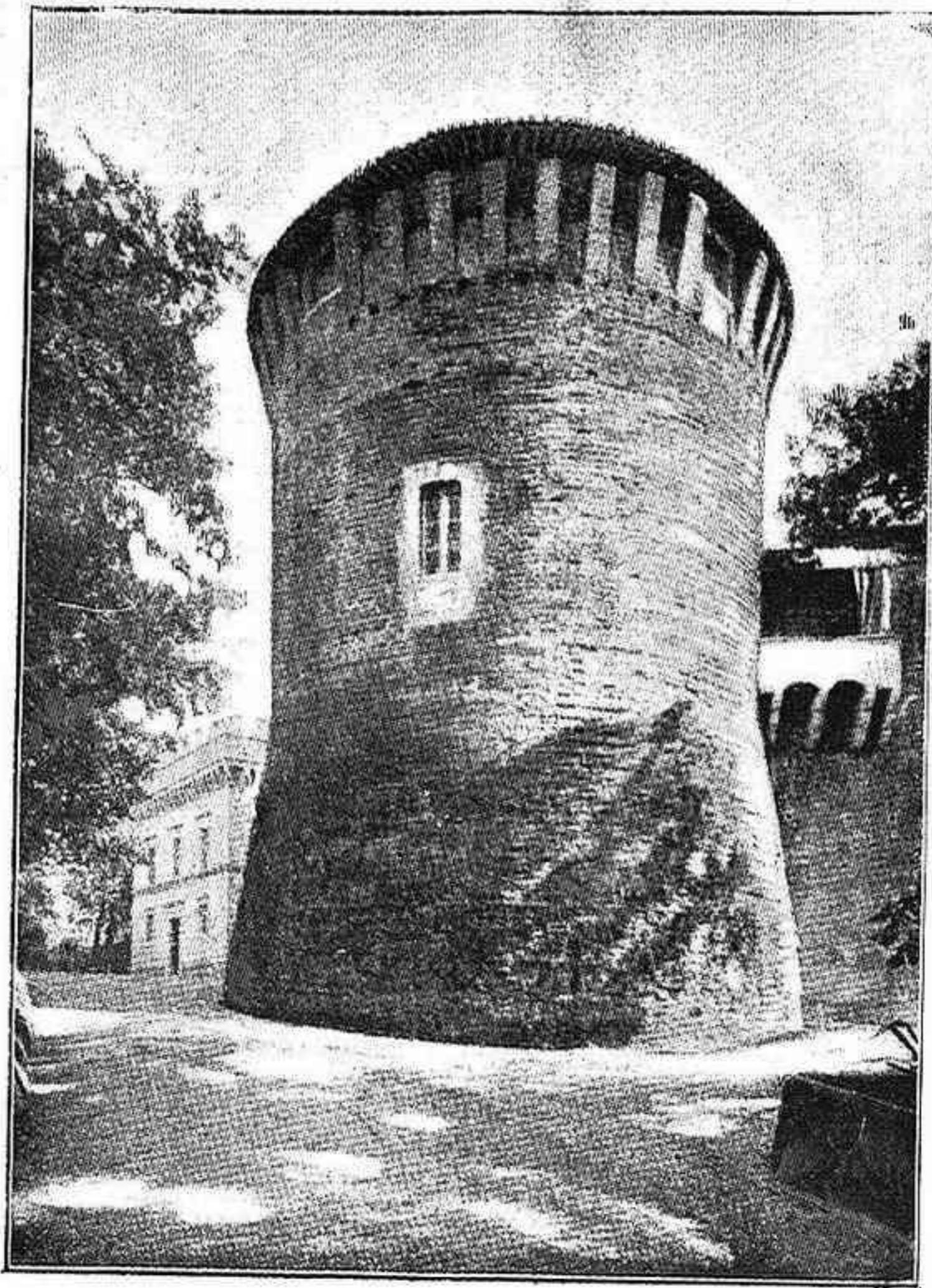
A fuer de coleccionador empedernido y piadoso, pensó siempre el pontífice en aumentar su colección. Ultimamente supo que en Limoges se guardaba el cuerpo de San Marcial y envió un propio al cabildo para que se desprendiera de una reliquia del Santo. Negáronse los canónigos, insistió el Papa, y reprodujo en forma de mandato lo que primero pidiera por favor. Entonces el cabildo, viéndose en la imposibilidad de desobedecer, optó por un término medio. Llamó á un dentista é hizo que le arrancara una muela al esqueleto de San Marcial. Remitió

luego la muela al Papa y ahora figura entre el coxis de Santa Ursula y el esternón de San Vito.

Uno de los hechos más importantes en la vida de León XIII es la organización de las peregrinaciones á Roma. Importante no solamente por los recursos que aportan á la Iglesia, sino también por que son una demostración patente de los partidarios que el Pontificado tiene aún en casi todas las naciones.

El gobierno italiano, dando una prueba de Independencia, ha procurado siempre que los peregrinos hallen en Italia el mayor respeto y seguridad. Lo que no permite el Gobierno italiano son las demostraciones que degeneran con frecuencia en demostraciones políticas, y en verdaderas batallas campales entre los católicos y los partidarios de la unidad de Italia.

En el Vaticano y en todo el mundo católico se preocupan de la tumba en que descansarán sus restos mortales.



TORRE LEONINA EN EL VATICANO

Parece que el Papa, en su deseo de preverlo todo, escogió por sí mismo su última morada.

Calculando los pocos años que le quedaban de vida había en estos últimos tiempos expresado el deseo de ser enterrado al lado de la tumba de Inocencio III, confiando la construcción de su panteón, en la Basílica de San Juan de Letrán, al escultor Luchetti.

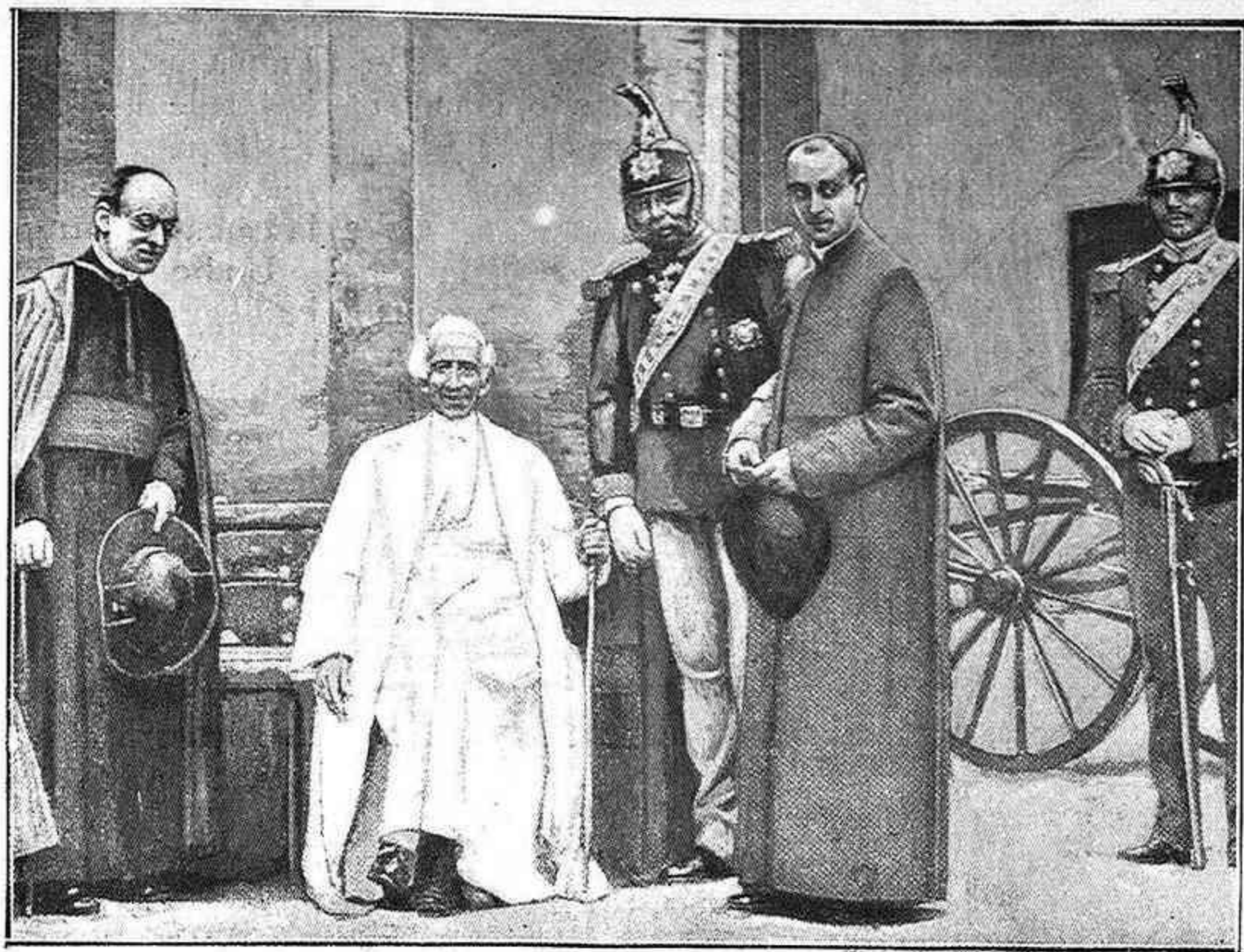
León XIII había señalado el sitio exacto donde debía descansar, y por una curiosidad de artista tenía gusto en contemplar los dibujos que ejecutaba Luchetti.

León XIII ha seguido la costumbre de todos los Papas; sus tumbas se hallan repartidas entre todas las iglesias de Italia.

Pío IX pidió que su sepultura fuera lo más modesta posible y se construyó en San Lorenzo, consistiendo su tumba en un simple sarcófago de mármol, rodeado de pinturas á imitación de las que se ven en las catacumbas donde también descansan los restos de algunos Pontífices.

En San Pedro se guardan las tumbas de Bonifacio VII, ejecutada por el artista Florentino Di Lapo; Pablo II, Sixto IV, Inocencio VIII, Gregorio XII, Pablo III, Urbano VIII, Alejandro VII, León XI, Clemente X, Inocencio XI, Alejandro VIII, Inocencio XII, Pío VIII, Clemente XII, León X, Gregorio XVI, Adriano VI, Nicolás V, Pío II, León I y Julio II.

En la iglesia de Santa María de la Minerva están los sepulcros de Urbano VII y Julio III, con el célebre mosaico de Miguel Angel.



DESCANSANDO EN LOS JARDINES DEL VATICANO

En santa María de Araceli se halla la de Honorato IV.

En la iglesia de San Francisco de Viterbo se guardan las cenizas de Adriano V.

En Arezzo las de Gregorio IX.

En Santo Domingo de Perusa las de Benedicto XI.

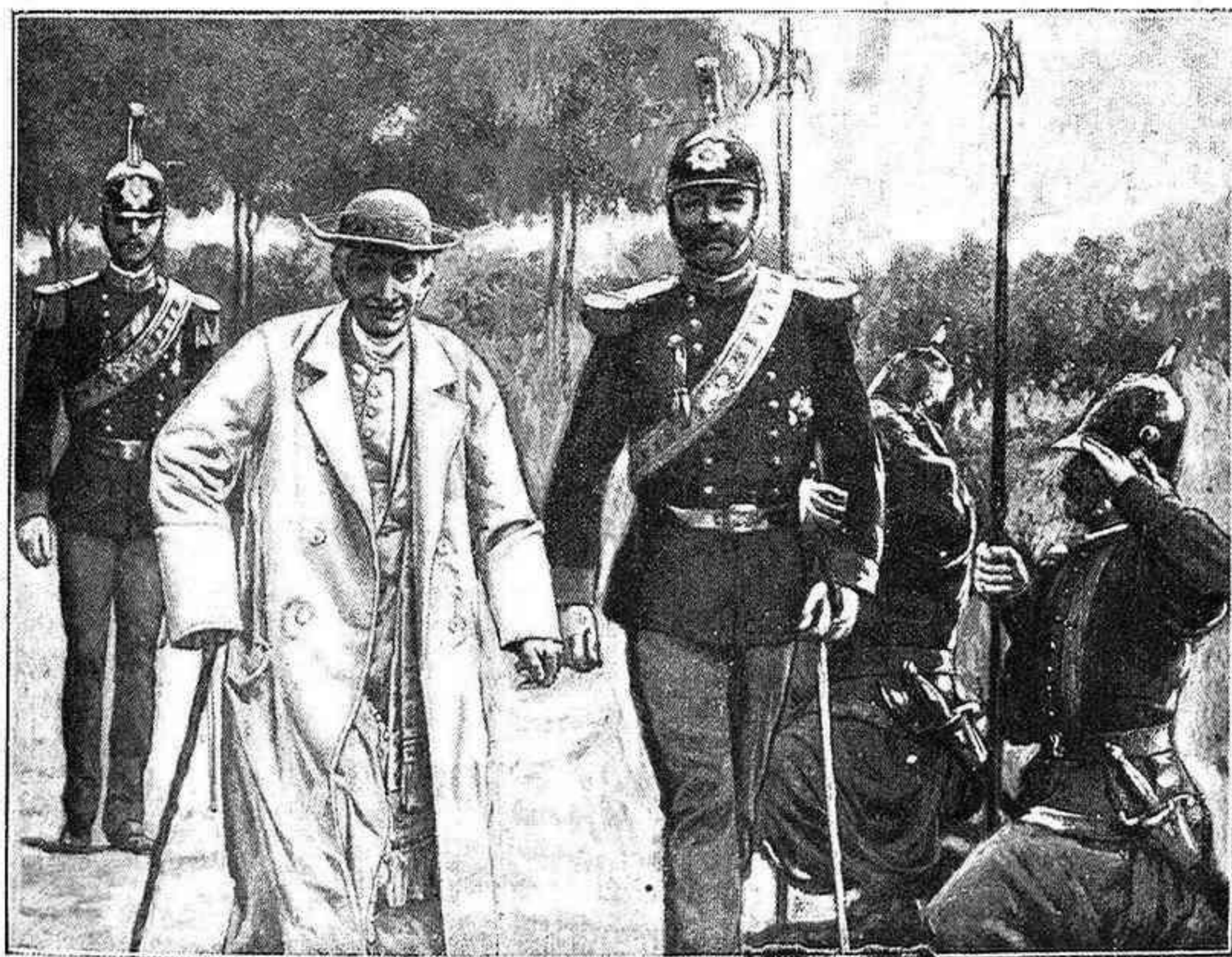
Por último, en San Juan de Letrán están los panteones de Inocencio III, Martín V el mausoleo de Clemente XII y ahora el de León XIII.

He aquí ahora, como nota curiosa, parte de un artículo publicado por un redactor de *Le Figaro*, en el que da cuenta de los últimos momentos de la vida del Papa León XIII.

El vetusto reloj, empotrado en el centro de la fachada principal, marca las cuatro y cuatro minutos,

cuando un sacerdote, vestido de negro, avanza por la escalinata de la derecha; un grupo de quince personas lentamente formado rodéale y escucha de sus labios las siguientes palabras, dichas con sencillez, en voz baja: ¡El Papa ha muerto! La guardia suiza de la meseta de la escalera real, la guardia noble de la escalera del Papa, parecen quedar atacados de apoplejía, y merced á esto, sin ser por nadie detenidos, tres sacerdotes y yo conseguimos llegar á la sala Clementina, vacía y glacial, cual un inmenso sepulcro en el que resonaron los pasos como si fueran golpes de alabarda.

En la sala de los gendarmes, llena de gente, comienzan las dificultades para seguir adelante; los simples sacerdotes y los seglares que llevan sombrero de paja son



LEÓN XIII Y SU SOBRINO EL CORONEL PECCI



GUARDIA NOBLE

detenidos allí. Yo paso saludando, como si conociera el camino, y gano la antecámara secreta atestada de cardenales y diplomáticos; la anarquía reina en ella; todo el mundo quiere hablar á la vez, el embajador de España se obstina en que le escuche un señor de levita gris, que no quiere atenderle, las espuelas de un oficial rasgan el manto rojo del cardenal Martinetti.

La luz del día, filtrándose por las persianas, lucha con los resplandores verdosos de las lámparas.

A la puerta de la sala del Tronetto, última pieza que me separa de la estancia del Papa, un prelado de alta estatura y altivo continente me dice: «No se puede pasar». El tono que emplea no es conminatorio, por el contrario, de súplica; nota-

se que nadie se atreve á mandar; en época habitual no hubiera pasado de la sala Clementina, y ahora en la del Tronetto un prelado suplica que me retire. No le obedezco, le saludo sin decir palabra, aparto respetuosamente su mano colocada en el mármol de la puerta y paso. Un retrato de León XIII, joven, casi radiante de ironía, sonrío en su marco de oro. La sala del Tronetto es un completo hormigueo; el cardenal Mathieu vierte en el oído de monseñor Ferrata propósitos que parecen interesar al antiguo nuncio. Contra el dicho de la prensa italiana, nadie llora en aquella sala; astutamente me deslizo al ras de los tabiques y me colocó á dos metros de la alcoba, el *portiere* de seda que desde hace ocho días reemplazó á la puerta, pende medio arrancado como bandera que gime su derrota; marchó sobre él y cae por completo, un gran espejo de luna no muy

limpia se alza ante mí; la luz de las lamparillas le presta verduscos reflejos. Al fin estoy en la cámara mortuoria.

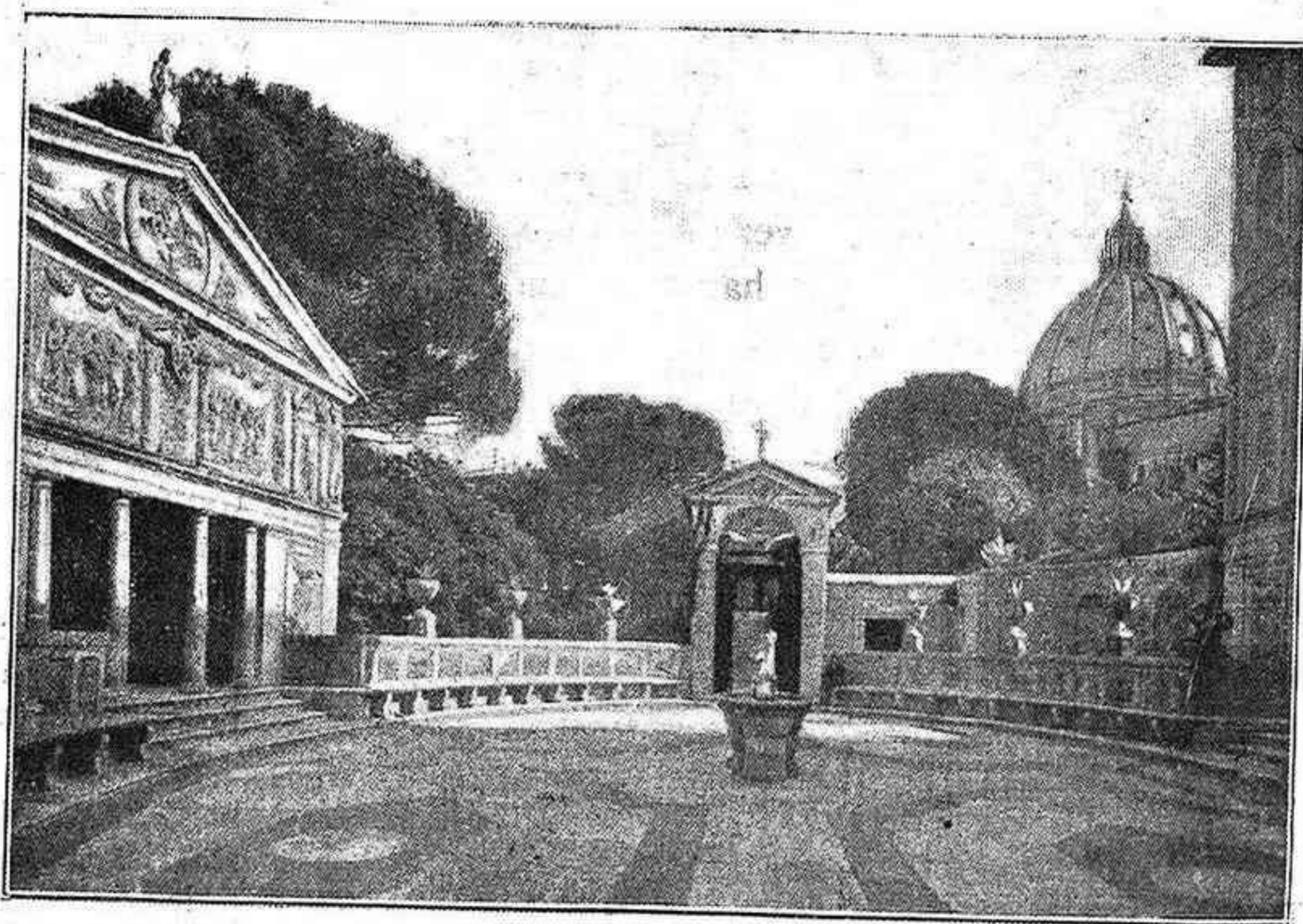
Un hombre con barba negra reza arrodillado, es el marqués Canalli, sobrino del Papa; otros personajes oran también prosternados, más yo sólo distingo una cosa, el reducido lecho de elevado respaldo, dominado por las armas pontificales. En el tablero opuesto á la cabecera está dibujado en marquetería el nombre completo del Papa, rodeado de una divisa circular que no acierto á leer; encima de la cama sonrío una Virgen pintada, á los pies dos hacheros de madera dorada soportan gruesos blandones; dos hombres fornidos de colosal estatura permanecen rígidos y clavan en el suelo las puntas de sus espadas, como ángeles de mármol en los ángulos de un féretro.

El único cardenal que se encuentra en la estancia es monseñor Oreglia, fuerte é impassible, agitando la cabeza con la regularidad de un péndulo obedeciendo á determinada ley física y en el que sólo revelan la emoción, la contracción de los labios y el temblor de la mano derecha, apoyada en una consola. Demasiado lejos del lecho verde, no consigo distinguir, por más que para ello me esfuerzo, lo que resta de un Papa. Hago provisión de audacia y me aproximo más. ¿Aquello es un cuerpo ó



SUIZO EN TRAJE DE PARADA

una cosa que se disuelve, cera que se funde? No lo sé, pero el paso de la muerte ha borrado los rasgos bien determinados del rostro de León XIII y me estremecí al ver los largos párpados caídos sobre el glóbulo de los apagados ojos; las cejas enormes y unidas iguales á gruesa barra de acero forjado en frío.



JARDINES DE PÍO IV EN EL VATICANO

León XIII

¡Il Papa é veramente morto! Tal es la exclamación tradicional que lanza el Camarlengo cuando, después de golpear por tres veces con un martillo de plata la frente del Pontífice que acaba de pasar de vida a muerte, se convence de que está en presencia de un cadáver. Entonces suena la gran campana del Capitolio y todas las que hay en las cien iglesias de Roma anuncian con sus lenguas de bronce que la cristiandad está de duelo, que ha quedado sin pastor en esta tierra.

Y como la Iglesia no puede estar sin cabeza visible, como urge dar un sucesor al difunto, el Camarlengo que asume interinamente el papel de Jefe de los católicos, da las órdenes oportunas para la celebración del Cónclave que ha de elegir nuevo Pontífice. Se cierran en sus celdas los cardenales, se les entra la comida por un torno y sólo de cuando en cuando la visita del Camarlengo, que viene a recordarles los altos deberes que les incumbe

cumplir, les distrae de sus meditaciones.

De pronto suena la campana que llama a la Asamblea. Los purpurados salen lentamente de sus celdas; parecen agobiados bajo el peso de las responsabilidades que

sobre ellos pesa. Se sientan en los tronos bajo dosel. Dosel que significa que la soberanía que encarnaba en el Pontífice muerto está ahora repartida entre los cardenales vivos. Se procede al escrutinio. Rara vez da resultado el primero. Después del voto vuelven a sus celdas.

Meditan de nuevo; pero a solas; no pueden comunicarse uno a otro sus impresiones. Pasan horas. La campana suena otra vez y otra vez se vota. Si no hay mayoría absoluta de votos no es válida la elección y el escrutinio se repite tres, cuatro, diez veces si es preciso.

Por fin llega el instante deseado. El secretario proclama un nombre. ¡Papa habemus! Los doseles de todos los tronos se bajan menos el del elegido, bien así como se



SUIZO EN TRAJE DE DIARIO



LEÓN XIII PASEANDO POR EL VATICANO

inclinan las banderas al paso del triunfador. Los cardenales rodean al nuevo pontífice y éste dice el nombre con el cual ha de reinar sobre todo el mundo católico. La muchedumbre espera en la plaza de San Pedro el resultado de la elección. El secretario del Sacro Colegio se adelanta hacia la logia de San Pedro. Calla la multitud. El prelado lanza un nombre y estalla un grito formidable de alegría. La grey humana tiene ya pastor: ¿Llevará a sus ovejas por los senderos donde jamás llegan las tempestades ó les guiará por atajos cortados por precipicios? ¡Qué saben ellos!

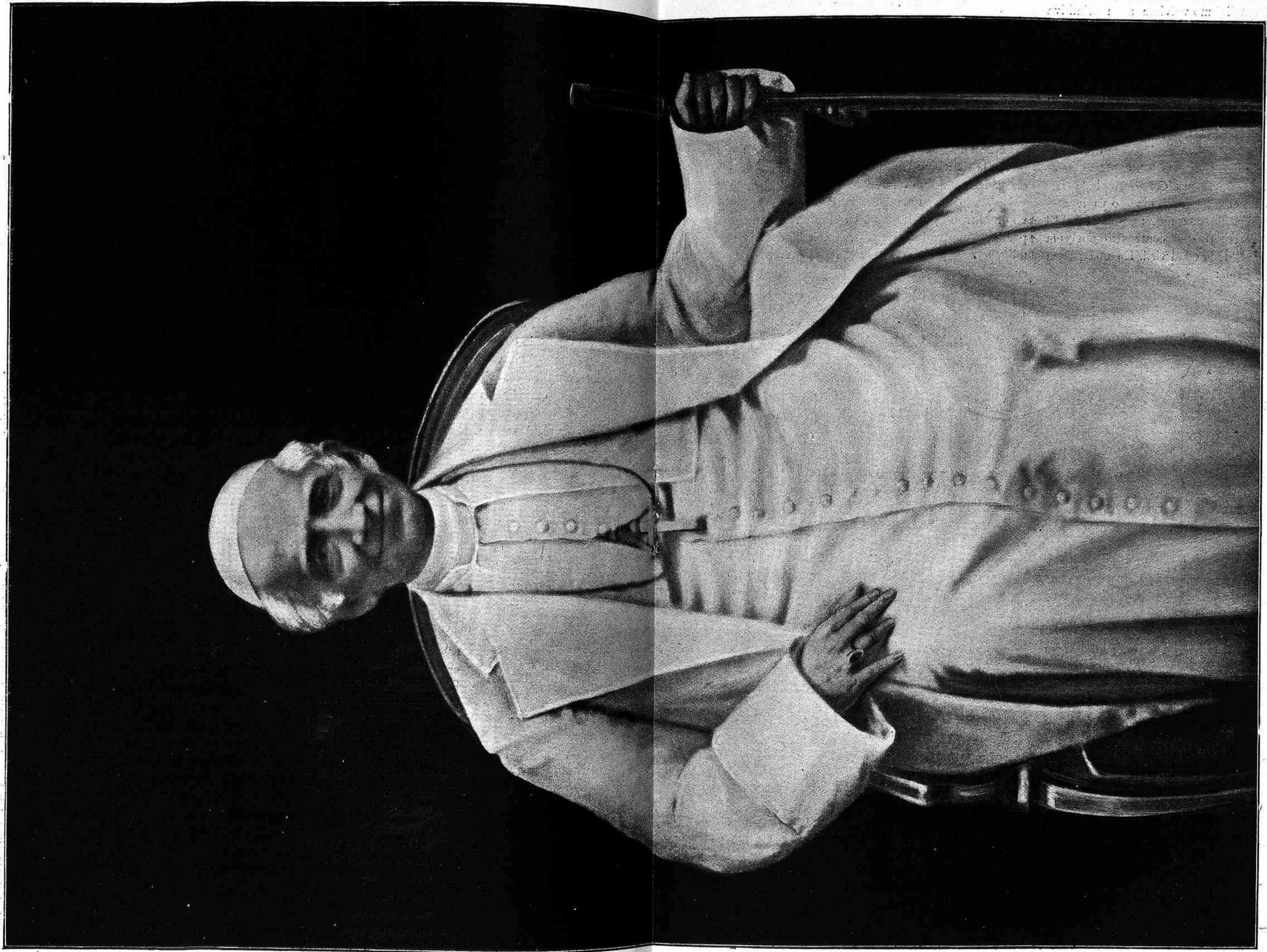
Repican alegremente las campanas, caen los tabiques que aprisionaban a los purpurados y el nuevo Pontífice revestido de los sacros atributos y vestiduras se asoma a la logia exterior y da su bendición *urbi et orbi*.

Hace veinticinco años, se cumplieron las ceremonias descritas. En la logia de San Pedro un prelado pronunció este nombre: ¡León XIII!

Y al día siguiente bendijo a la multitud un anciano sonriente, de imponente aspecto, cuyo rostro revelaba una grande inteligencia y en cuyos ojos parecía arder la llama que brilló en los ojos de los ascetas.

Después del Pontificado de las luchas y las batallas, llegaba el Pontificado de la paz. Penoso era el trabajo; pero no superior a las fuerzas del nuevo soberano. La Iglesia había salido quebrantada del tremendo combate. Sus anatemas despertaron odios seculares dormidos. Por todas partes surgían enemigos. La incredulidad ganaba terreno. El progreso amenazaba acabar con la tradición.

Verdad es que no pudo León XIII hacer que la



† S. S. LEÓN XIII

fe ardiera de nuevo en los corazones, que no consiguió que el catolicismo volviera á su primitiva pureza de costumbres y de doctrinas, que no pudo vencer en la batalla que libró á la incredulidad; pero su talento, su tacto, su dón de gentes, su entereza de carácter, las concesiones ¡cuán escasas! que hizo al espíritu moderno, le atrajeran la general consideración y respeto y ya que no pudo recabar el poder temporal perdido, consiguió la dominación más alta de las almas; reinó como verdadero soberano sobre todos los católicos.

¡Extrañas contradicciones del destino! Apenas tenía Joaquín Pecci veinte años cuando ya le atosigaba la previsión de una muerte prematura. El hombre que debía morir casi centenario no creía llegar á los límites de la edad viril. En una poesía escrita en 1832 decía:

«Creo sentir los pasos de la muerte
Que hacia mí se encamina...»

Cuando en 1878 le elevaron sus virtudes y su inteligencia al trono de San Pedro, no quería rendirse á los deseos de sus compañeros y dijo textualmente al cardenal Franchi que le instaba para que aceptase los votos del Sacro Colegio:

—«No puedo, no puedo; me siento sin fuerzas. La muerte me llama. Si se me eligiera muy pronto debería reunirse de nuevo el Cónclave. No se me ofrece la tiara sino la muerte, porque el Pontificado acelerará el fin de mi existencia.» —

No acertó en su profecía. Veinticinco años estuvo en el trono y durante un cuarto de siglo fué su palabra ley para los católicos, y la llama de su inteligencia no pudo consumir la frágil envoltura de su delicado cuerpo.

A. RIERA

● LA MUERTE ●

Del sol que ya declina y que se va ocultando
en ti el último rayo, León, se ve lucir;
en las febriles venas sus fuerzas agotando
lenta... lenta... la vida se empieza ya á extinguir.

La Muerte el dardo vibra y tu despojo helado
en negro paño envuelto, recibe el panteón;
mas libre de su cárcel, en vuelo apresurado
el alma ansiosa busca la celestial mansión.

De larga áspera vía, tal es la meta ansiada:
este piadoso anhelo, Señor, aquieta en mí;
y si merezco tanto, por tu merced sagrada,
acoge en tu almo reino mi espíritu ante ti.

LEÓN XIII

Traducción de F. DÍAZ PLAZA

Vaticano, 27 Enero 1894.



La señorita Perla

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Continuación)

Ya sabes los lugares ¿verdad? Ahora bien, aquel año, por Reyes, nevaba hacía una semana. Parecía el fin del mundo. Cuando íbamos á las murallas á contemplar la llanura, el espectáculo de aquel paisaje blanco, completamente blanco, helado y que relucía como el barniz, nos hacía sentir el frío en el alma. Cualquiera hubiera dicho que Dios había empaquetado la tierra para enviarla á la buhardilla de los mundos viejos. Te aseguro que aquello era muy triste.

En aquella época vivíamos en familia, y en familia numerosa, numerosísima: mi padre, mi madre, mi tío y mi tía, mis dos hermanos y mis cuatro primas, bonitas muchachas, con la última de las cuales me casé. De toda aquella gente no vivimos más que tres: mi mujer, yo y mi cuñada, que reside en Marsella. ¡Mecachis! ¡Como desaparecen las familias! Me hace estremecer el pensar en ello. Yo que tengo hoy cuarenta y seis años, tenía entonces quince.

Ibamos, pues, á celebrar la fiesta de los Reyes, y estábamos muy alegres, mucho. Todo el mundo esperaba la comida en la sala, cuando mi hermano mayor, Santiago, se echó á reír diciendo: «Hay un perro que aulla en la llanura desde hace diez minutos; debe de ser algún pobre animal perdido».

Aun no había acabado de hablar, cuando sonó la campana del jardín, una gran campana de iglesia, cuyo sonido hacía pensar en los muertos. Todo el mundo tembló. Mi padre llamó al criado y le en-

cargó que fuese á ver quien llamaba. Esperamos en silencio su vuelta, pues todos pensábamos en la nieve que cubría la tierra. Cuando el criado volvió, dijo que no había visto á nadie. El perro seguía aullando sin cesar.

Nos sentamos á la mesa algo conmovidos, sobre todo, los jóvenes.

La comida siguió sin novedad hasta el asado, en que la campana volvió á sonar tres veces seguidas. Oyéronse tres campanillazos seguidos y prolongados que nos hicieron estremecer, y nos cortaron el aliento. Nos mirábamos todos con los tenedores suspensos en el aire, prestando atención y sobrecogidos por una especie de miedo sobrenatural.

—Es muy extraño que hayan esperado tanto tiempo para volver á llamar—dijo al fin mi madre. —No vaya usted solo Bautista, que le acompañe uno de estos señores.

Se levantó mi tío Francisco — que era una especie de hércules muy orgulloso de su fuerza y de su valor — y mi padre le dijo:

—Toma una escopeta, porque no sabemos quien será. —

Pero mi tío se limitó á coger un bastón y salió seguido del criado.

Nosotros permanecemos llenos de terror y de angustia sin comer y sin hablar, hasta que mi padre nos dijo para tranquilizarnos:

—Vais á ver como es algún mendigo ó algún transeunte perdido en la nieve. Después de haber



llamado la primera vez, viendo que no le abrían en seguida, ha intentado buscar el camino, y como no lo ha encontrado, ha vuelto á la fuerza.

La ausencia de mi tío nos pareció que duraba una hora, hasta que al fin se presentó furioso, jurando:

—¡Por vida del!... — Nada, será algún chusco, no se ve á nadie más que ese maldito perro que aulla á cien metros de las murallas. Si me hubiera llevado la escopeta, lo habría matado para hacerlo callar. —

Se reanudó la comida, pero todo el mundo estaba inquieto, como si se comprendiese que aquello no había acabado, que iba á ocurrir algo y que la campana no tardaría en sonar.

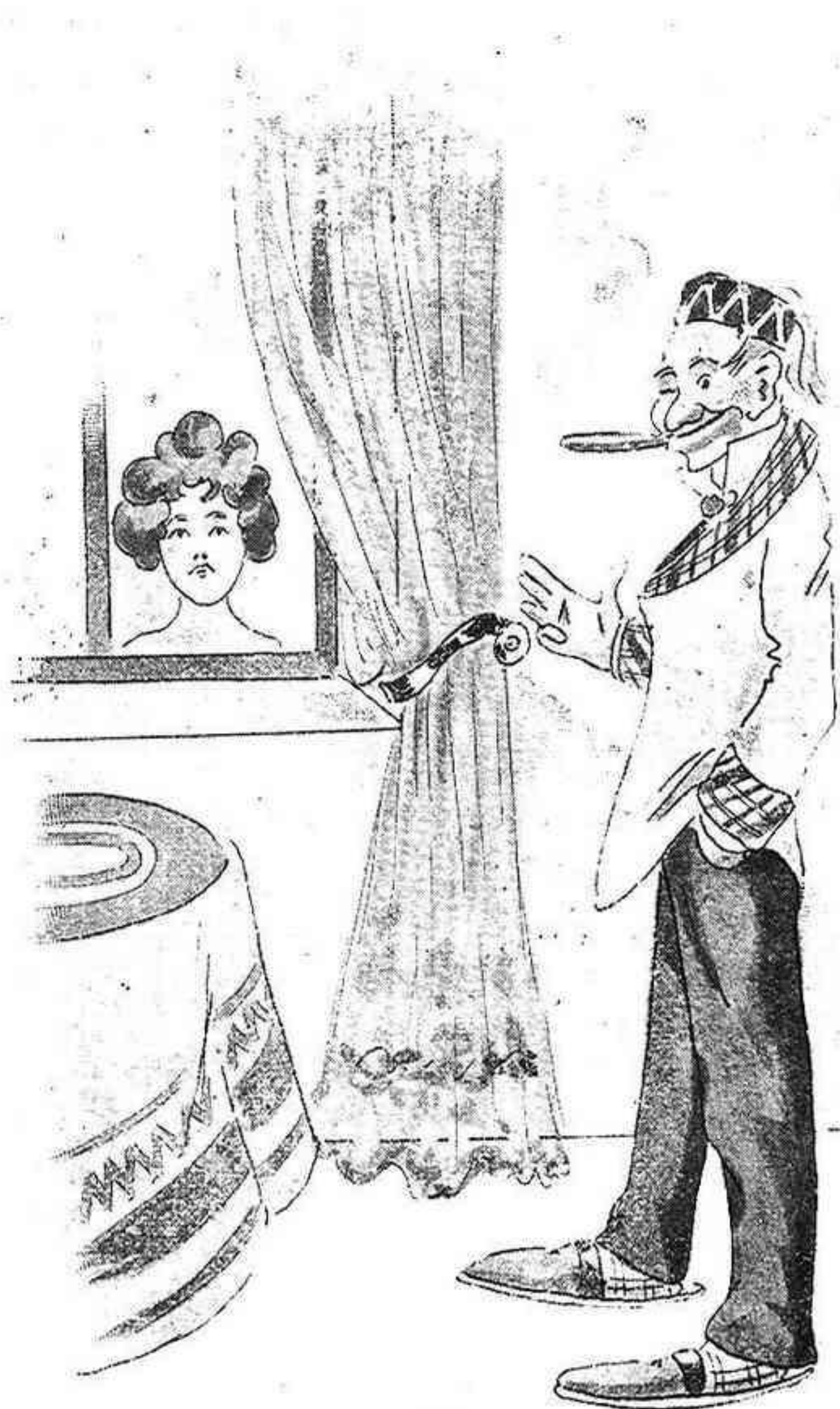
En efecto, la campana sonó otra vez en el momento preciso en que se cortaba el pastel de los Reyes. Todos los hombres se levantaron á la vez. Mi tío Francisco, que había bebido champaña, afirmó con tanta furia que iba á matar á quien fuese, que mi madre y mi tía se arrojaron á él para impedirlo. Mi padre, aunque tranquilo y un poco impedido, pues arrastraba una pierna rota de una caída de su caballo, declaró á su vez que quería

saber lo que era aquello y que saldría. Mis hermanos, de diez y ocho y veinte años, corrieron á buscar sus escopetas, y como yo viese que no hacían gran caso de mí, me apoderé de un fusil que había en el jardín y me dispuse á acompañar á la expedición, la cual se puso en marcha en seguida.

Mi padre y mi tío iban delante con Bautista, que llevaba una linterna; les seguían mis hermanos Santiago y Pablo, y yo iba detrás, á pesar de las súplicas de mi madre, que se quedó con su hermana y con mis primas en el umbral de la puerta.

Hacía una hora que había empezado á nevar de nuevo, y los árboles estaban cargados de nieve. Los abetos se encorvaban bajo el peso de aquel lívido ropaje, semejantes á pirámides blancas ó enormes pilones de azúcar, y á través de la cortina gris de los menudos y espesos copos, apenas se percibían los arbustos más pequeños, pálidos en medio de las sombras de la noche. Caía la nieve tan espesa, que apenas si se veía á diez pasos de distancia; pero la linterna despedía un gran resplandor. A decir verdad, cuando empezamos á bajar por la escalera de caracol del interior de la muralla, tuve miedo, me pareció que alguien me seguía,

YO INOCENTE EN PAZ VIVÍA, por ORTIZ



—¡Caracoles! ¡Que muchacha se ha parado delante de la ventanal! ¡Y como me miral... ¡Sin pestañear!...



—¡Vaya unas bromitas para un hombre enamorado!... ¡Largo de ahí!...

que iban á cogerme por detrás y sentí deseos de retroceder, pero como había que atravesar todo el jardín, no me atreví.

Oí que abrían la puerta que daba á la llanura y que mi tío empezaba á jurar diciendo:

—¡Por diez mil á caballo! Ya se ha vuelto á marchar. Si veo su sombra siquiera, la abraso.—

Resultaba verdaderamente siniestro el espectáculo de la llanura extendiéndose ante nuestra vista que sólo se percibía un velo de nieve sin fin, arriba, abajo, enfrente, á derecha é izquierda, por todas partes.

Mi tío agregó:

—Mira, ya vuelve á estar allí el perro que aulla. Ahora voy á enseñarle yo como apunto. Al menos, me dará este gusto.—

Pero mi padre, que era bueno, repuso:

—Vale más recoger á ese pobre animal, que se queja de hambre. El pobrecillo pide socorro, llama como una persona apurada.—

Y nos pusimos en marcha á través de aquella cortina, á través de aquella lluvia espesa, continua, de aquel polvillo que llenaba la noche y el ambiente, que se movía, que flotaba, caía y helaba la carne al fundirse, la helaba como la hubiera abrasado, produciendo un agudo dolor en la piel cada vez que un copo tocaba nuestras carnes.

Nos hundíamos hasta las rodillas en aquella parte blanda y fría, y teníamos que levantar mucho las piernas para poder andar. A medida que avanzábamos, el latido del perro se hacía más claro y más fuerte. Por fin mi tío gritó:

—¡Allí está!—

Y todos se detuvieron para observar, como se hace ante el enemigo á quien se encuentra en medio de la noche.

Yo, que no veía nada, me uní á los demás, y entonces pude verle. Resultaba espantoso y fantástico el espectáculo de aquel perro, un perrazo negro, un perro de pastor con mucho pelo y cabeza de lobo, plantado sobre sus cuatro patas al extremo de la prolongada ráfaga de luz que despedía la linterna sobre la nieve.

El animal no se movía, se había callado y nos miraba.

—¡Es extraño!—dijo mi tío.—Ni avanza ni retrocede. Ganas me dan de soltarle un tiro.

—No, vamos á cogerlo—repuso mi padre con voz firme.—

Entonces mi hermano Santiago añadió:

—Pero si no está solo, si hay algo detrás de él.—

En efecto, había algo detrás del perro, algo gris, imposible de divisar, y nos pusimos en marcha con precaución.

Al ver que nos acercábamos, el perro se sentó sobre sus patas traseras. No tenía trazas de ser malo, antes al contrario, parecía contento de haber logrado llevar gente á su lado. Mi padre se fué directamente hacia él y le acarició, el perro le lamió las manos y entonces pudimos ver que estaba atado á la rueda de un carrito de niños, de una especie de cochecito tapado por completo con tres ó cuatro cobertores de lona. Quitamos aquellas ropas con cuidado, cuando Bautista aproximó la linterna al cochecillo, vimos dentro de él un niño que dormía.

(Se continuará.)

Resurrectio

A mi hija Gloria.

VEN junto á mí... Las penas, la amargura,
mis sueños de ambición y mis quimeras,
todo se borra ante tu imagen pura
Y al sol de tus caricias hechiceras.
Tu eres mi bien, mi vida, mi embeleso,
por ti conozco la emoción de un beso
enjugando tus lágrimas primeras.

Ven junto á mí ¡ya ves! los libros cierro
cuyas hojas llené suma tras suma
viendo en ellas el fin de mi destierro...
Ya el afán de riquezas no me abruma:
tus gorjeos resuenan como el oro,
tus miradas encierran un tesoro
que nunca sumará mi pobre pluma.

Entre risas y llantos, con tus muecas
cuenta lo que me cuentas cada día
que te pegan, te rompen las muñecas,
que mamá te dió dulces... no me hastía
ni tu voz, ni tu risa, ni tu llanto;
para mí todo suena como un canto
¡ríe, llora, alborota Gloria mía!

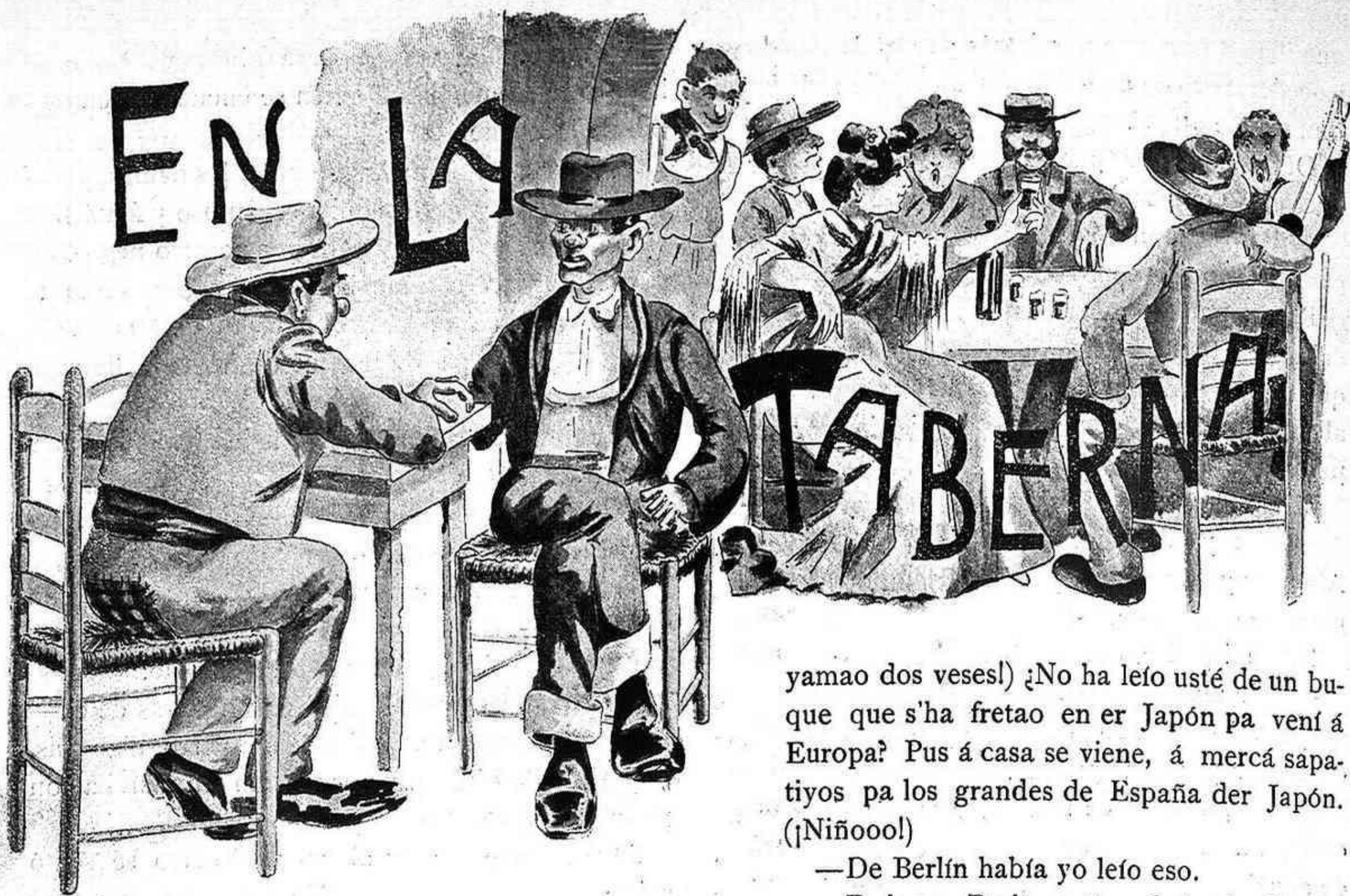
Y rompe mi reloj... hazlo pedazos...
¿No ves que yo me río? ¿Por qué lloras?
Que me importa el reloj si son tus brazos
el compás que marcando va mis horas.
El tiempo ya no existe; ni me espanta
la vejez que implacable se adelanta,
¡yo vivo de la vida que atesoras!

En vano el pensamiento tiende el vuelo
y evoca la ilusión del bien perdido;
recuerdos del hogar y el patrio suelo:
al verte junto á mí todo lo olvido.
No diera un beso de tus labios rojos
ni una mirada de tus dulces ojos
por mi hogar, por mi patria ¡por el cielo!

Y tiemblo cuando pasa por mi mente
la idea de perderte, hija querida,
porque quiero sentir mientras aliente
y en el postrer instante de mi vida,
en mis ojos, tus ojos siempre bellos
en mi rostro, el rozar de tus cabellos
y un beso de tus labios en mi frente.

ALFREDO PORTA

Zacapa (Guatemala), Junio 1903



(Escenas cordobesas)

—Vaya, que hoy no trebajo.

—Idem. Anoche, cuando yevé á mi mujé á la frituría, pa orsequiarla con pescaiyas, se lo dije, digo: «Toñita é mi arma, antes que trebajá mañana, premita er Seño que dé con mi cuerpo en la Higueriya, condució por los munisipale; es mester que er hombre se signifique por argo, de ve en cuando».

—Mu rebién hablao. Pus yo selebro er que hemos jecho una chapusiya pa la condesa der Pampirulé; la hemos tapao la vista hasia la derecha y la hemos levantao ocho sentímetros la cabeza...

—¡Probetica señora!

—La cabesa é la casa que tiene ar lao del Guadarquiví; ayí ha sío la obra.

—Pus yo selebro er habé jecho unos sapatiyos ar conde der Colibrí y unos botines de raso asur turquí á la duquesa de la Miajitiya y una remonta ar marqués der Pisto.

—¡Camará! Va bien de clientela la casa ande usted presta sus servicios. (¡Eh, niño!)

—¡Puf! Arbañileamos pa toa la aristocrasia é Córdoba. ¡Y misté, que en Córdoba, hay aristocrasia é veras!

—Muncha.

—Pero, á lo que se ve, tampoco farta trebajo en la tienda ande hase usted carsao.

—Hay demasiao. Como que á nosotros acude toa la aristocrasia é Madrí; en Madrí toa es aristocrasia. Por supuesto, que surtimos á la gente elegante de más lejos. (¡Eh, niño, que ya he

yamao dos veses!) ¿No ha leío usted de un buque que s'ha fretao en er Japón pa vení á Europa? Pus á casa se viene, á mercá sapatiyos pa los grandes de España der Japón. (¡Niñoool!)

—De Berlín había yo leío eso.

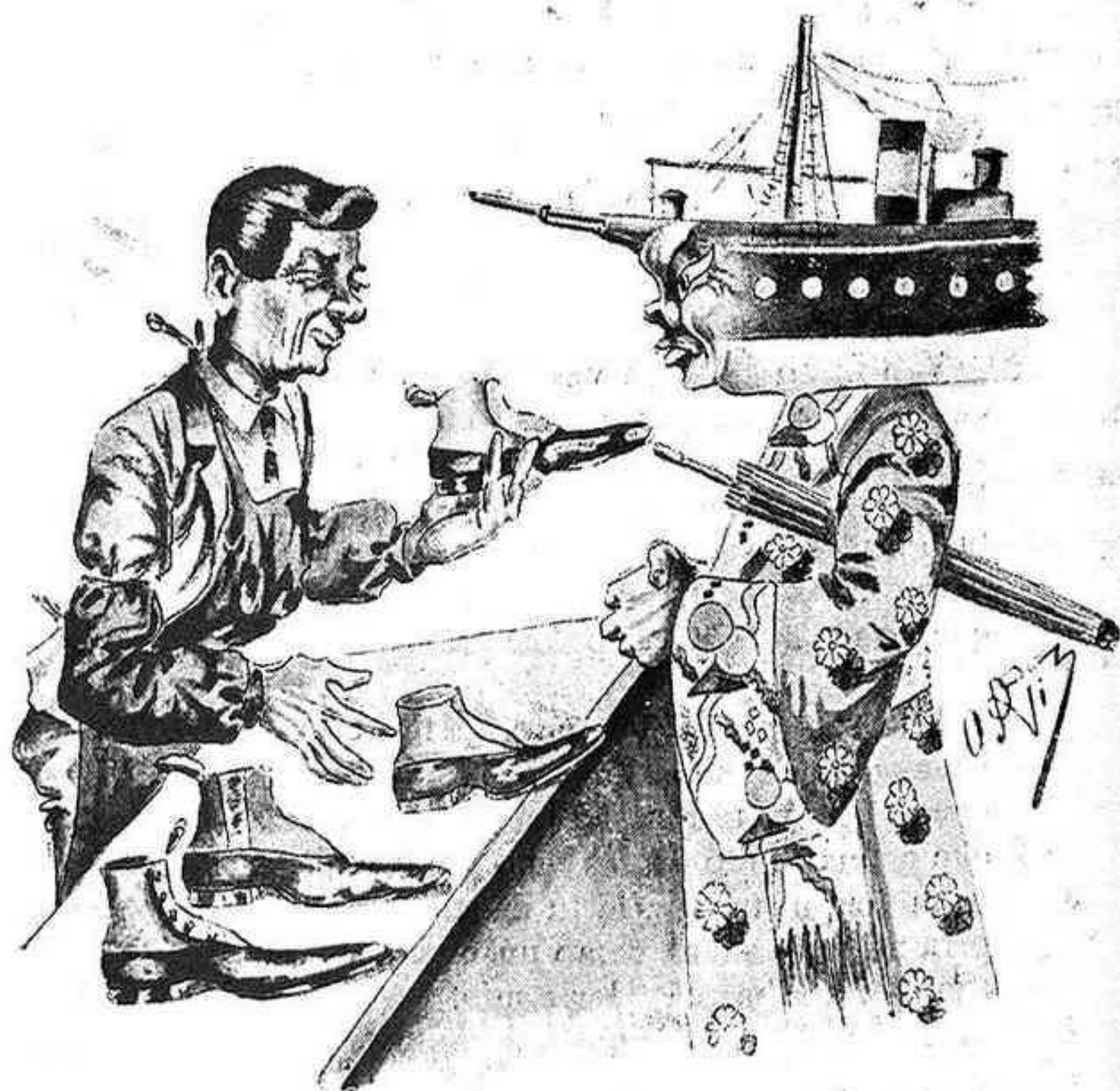
—Es iguar. Berlín está ar laíto der Japón. Supongasté que viene á habé de un sitio ar otro, sentímetro más ó menos, como aquí, en Córdoba, ende er Paseo der Gran Capitán á los Cayejones Susios.

—Yo creí que argo má; asín como de la Habana á Roma.

—No me jable usted de Roma, amiguito, que hasta de ayí nos piden calsaio.

—¿Las botas de la familia reá?

—Y las sandalias der Papa y los borsegués de Zacconi y las chinelas de la Bella Otero. (¡Niño! Descarga varios puñetazos sobre la mesa, de despintado pino). ¡Niño! ¿Vienes ó nos vamos? (Aparece en el Gabinete el montañés encargado de servir.)





—¿Qué va á ser?

—¡Grasiosol! Ha-se año y medio que te yamamos... Sá-cate unos chatitos de Montiya; pero volando, como si jueses en autro-móvil.—

(Se los sirven.)

—¡Vaya una tar-dansa en cumph con la parroquia!

—Si cumple asín er dueño le van á excomulgá. Hay que destituirle.

—Oye, niño; sá-cate otros chatitos y unas aseitunias.

(Entra un vende-dor con un cesto col-gado á un brazo,

pregonando su mercancía). — ¡Bocas de la isla! ¡Ca-marones! ¡Cangrejos! ¡Langostinos!

—¡Ven pa acá! Una dosenita é langostinos.

—Ya sabe usted, mi amigo, que hoy son caros...

—¡Desvergonsao! ¿Quién pregunta er preso? Anda y dí ar dueño que te los pague, que son pa nosotros. (¡Niño! ¡Otros chatitos!) Vaya un sigarrito, compañero. ¡Niño, lárgate un seriyol!—(El montañés les da una cerilla encendida. En aquel momento, son las seis de la tarde, todos los cuartos del establecimiento están ocupados; en todas partes se chilla, se llama al mozo, se discute, se canta, se dan palmadas. Entre aquella barahunda nadie se entiende.)

—¡Jesús! Viene aquí tanto presoná como á la taberna é los *Siete Rincones*.

—No me miente usted ese sentro. Yo no voy ayí pa no ve ar *Mochuelo*. ¡Lo fachen-doso que s'ha güerto el nene, ende que toreal!

—Muncho que s'ha cresío.

—¡Que si se cresel! Antiyer se probó una taleguiya con más colorines que un cuadro de Julio Romero, y ar yegá á su casa ya le venía chica.

—Por supuesto, que ese yegar á matá cuando sarpe en er río er buque que saldrá der Japón, aquer que m'ha mentao usted endenantes.

—O pué sé que más tarde. Porque er probetico *Mochuelo* es tan corto é vista que confunde la luna con un paraguas. (¡Niño! ¡Otros chatitos!)

—En cambio le asoma er orgullo por

las puertas de los ojos, y anda siempre con jumera.

—Y con jembras de tronfo que le traen á mal yevá y se le comen la guita.—

(Sigue la algarabía, aumenta el ruido en todas las habitaciones. Los dos amigos golpean fuertemente sobre la mesa y dan palmadas, gritando: — ¡Niño! ¡Niño!

—No se pué vení aquí. Hay un servisio detes-table.

—Conque verá usted, que er *Mochuelo*...

—¿Qué quieren ustedes? — pregunta, por fin, el montañés.

—Que seáis más súpitos. Este no es modo de contentá á la clientela. ¡Otros chatitos!

—Compare, los últimos. Tengo muchísima prisa y me voy á dí.

—Y yo. Tomaremos, á la salsa, unas copitas de Cazalla en casa er *Manco*. Yo convío.

—Agradesiendo. Y yo, aluego dimpués, á otras en casa er *Tuerto*. Hay que correspondé.

(Los dos á una). — ¡Niño! ¡Niño!, apunta lo que se debe.

—Es que... dice el amo que ya no caben los nú-meros en la pizarra.

—¡Vaya una sinvergüensería! ¡Qué compre otral Pa eso nos explota; ¡pus no fartaba más!

—No jaga usted caso, compañerito. Vámonos. Pus verá usted, que er *Mochuelo*...

—Sargamo; me ajogo aquí.

—Sí, sí. Conque, er *Mochuelo*...

—Oye, niño; dile ar dueño que nos apunte otros chatitos pa cuando gorvamos después.

JULIO VÍCTOR TOMEY

(Ilustraciones de Ortiz.)



EL AVARO, CUENTO EDIFICANTE, por GASCÓN



1.—Papá; ¿por qué no vienes conmigo al sermón? Predica un grande orador sobre la avaricia y quiero ver si Dios te toca en el corazón y te hace abominar ese feo vicio.



2.—Bueno; es un espectáculo que no cuesta dinero... Vamos á oír al orador famoso, por más que yo no padezco ese feo vicio que me achacas. No confundas la avaricia con...



3.—Eso, papá, ¿qué te parece? ¿No ves la satisfacción, los placeres inefables que experimenta el que es dadivoso y caritativo? ¿Darás limosnas de hoy en adelante?



4.—Chiquilla, ¿qué pico de oro tiene este hombre!... La verdad es que ha operado en mí una inclinación, súbita, irresistible á la humildad, á la... ¡Ya verás, hija mía, ya verás!..



5.—...del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Esto ha concluído. Creo que no habrá uno en el templo que no se sienta inclinado á dar limosna, después de oír á este sabio y elocuente varón...



6.—Tú te vas á casa Yo me quedo aquí pidiendo limosnas... ¡Oh la humanidad!... Caballero, á este pobre cesantell!...



De Maura, de Silvela,
de Dato, de Vadillo
y de otros gobernantes
que, *en las alturas del poder han sido,*
veníamos diciendo
que eran hombres políticos
sin programa, sin planes,
mediocres, deficientes, inactivos...
Surge pronto una crisis
—no se puede saber por qué motivo—
y logra, al fin, realizar su sueño,
presidir el Consejo de Ministros,
Don Raimundo Fernández Villaverde
que es, como economista, ¡el gran prestigio!
Mas, llevó Don Raimundo al ministerio
prohombres de gran fama, conocidos
como hacendistas sabios ó sociólogos
ó eminentes políticos?
Ya lo vió usted: llevó unos debutantes
como ha días se dijo,
un Gobierno de alpaca,
propio para el estío.
¿Un gobierno de alpaca? Aun es un lujo
pues, tal como vivimos,
de alpaca podrán ser los gobernantes
mas, ¿cómo anda el país? En cueros vivos!

Con motivo de la muerte de León XIII los periódicos
han publicado la mar de noticias cada día,
Páginas enteras.

¡Y qué de anécdotas y cuentos se han atribuído al Papa!
¿Qué? ¿Muchas invenciones y embustes? ¡Bah! ¿Y qué
importa?

El asunto es de ocasión
y cualquier cuento parece
que ha de atraer la atención.
Hoy se habla de León trece,
mañana de Gedeón...

Leo varios telegramas.
«Ha entrado en el tercer mes de su embarazo la Prince-
sa de Asturias...»
«De Pamplona. Ha ocurrido un accidente ferroviario en
el puente de Marcilla...»
«De Zaragoza. En la estación de El Burgo ocurrió un
siniestro ferroviario...»

Ya esos hechos no son extraordinarios
¡no le parece á usted
que, para publicarlos, los diarios
deberían contar con un *cliché*?

En el teatro Lírico, en Madrid, se estrenó una revista
política titulada *El trueno gordo*.
No he leído todo el libreto.
He leído solamente — y basta y sobra — un parlamento
que recitaba Fidela García.

¡Vive Dios, qué parlamento en octosílabos!
Todo ripio y cascote, caballeros.

Después de haberlo leído,
por despachos publicados
en un diario, he sabido
que los autores han sido
procesados.

* *

Alguien ha recordado
que, hace bastante tiempo,
cuando Alba y Paraíso
llevaron al Congreso
sus planes económicos
de ahorro en bien del pueblo,
decía Alba: Es preciso
suprimir, lo primero,
la subsecretaría
del Jefe del Gobierno.

Y Alba, subsecretario
que es hoy, dirá muy fresco:
—Sí, señores, que conste
que insisto en mi proyecto.
Suprímase este cargo...
¡cuando yo deje el puesto!

* *

También durante esta semana han ocurrido desgracias
con los automóviles.

En Bayona pereció una joven y quedó gravemente herida
una mujer casada, al verificar una agradable excursión de
esas deportivas.

Y á propósito del sport. Un colega dice que el consejero
municipal de Chicago pidió que se autorizase á los policías
para que disparasen tiros de revólver sobre los pneumáti-
cos de los automóviles que marcharan con excesiva velo-
cidad.

¡Hombre ya que son pocos
los deportivos
que, al fin de una carrera,
se encuentra vivos,
no faltaría
más que el que les tirase
la policía!

* *

Desde el viernes la Corte
se halla en San Sebastián.
Los prohombres políticos
comienzan á viajar
y á Austria se va Silvela,
Maura á París quizás,
Moret se fué á Alemania
—no se cuando viene—
y en fin, al extranjero
muchos eximios van.
¡Qué suerte, si quisieran
quedarse por allá!

JULIO MARTÍNEZ LECHA



BATIBURRILLO

EPIGRAMAS

Vi jugar á un presumido
jugador, en el billar,
y perder cierto partido
por no saberlo jugar.
No logró hacer una sola
jugada regular, pues
no supo dar pie con bola,
y jugaba con los pies.

A influyentes, un cesante
visita todos los días,
dando tales correrías
que asombran, mas no obstante,
la colocación ansiada
aún no ha podido lograr,
pero insiste, y sin cejar
anda, corre, vuela... y ¡nada!

Aun cuando nada podía,
un cacique prometía
á un candidato cunero,
que diputado le haría
si daba mucho dinero.
Después, al verle vencido
haciéndose el sorprendido:
—¡Nos han robado!— gritó;
y contestó el aludido:
—¡El robado he sido yo.—

José M.^a SOLÍS y MONTORO

PASATIEMPOS

FUGA DE CONSONANTES

.a.e, .i.ii. a, e. .o.a.io,
y .e.o...é e. a.a .ue..a
.ei.e .e.o. .e.i .a.io.

ACRÓSTICO

```

. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *

```

Substituir los puntos por letras de modo que leídas horizontalmente cada una de las ocho den un nombre de torero, y la del centro, de una ganadería.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 — Artículo para tienda de fantasías.
- 1 2 3 4 9 7 8 9 — Tiempo de verbo.
- 1 2 3 4 9 7 6 — » » »
- 1 2 3 4 9 7 — Verbo.
- 1 2 3 9 7 — »
- 1 8 6 3 — En los gatos.
- 1 8 6 — Parte del cuerpo humano.
- 1 4 — Nombre de letra.
- 1 — Consonante.

ROMBO

- — Consonante.
- — Verbo.
- — Nombre de mujer.
- — Ebro.
- — Vocal

ACRÓSTICO

```

. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *
. . . . . *

```

Substituir los puntos por letras de modo que se lean en las doce líneas horizontales los diez primeros números, excepto el ocho y repitiendo los que sean necesarios, y en la vertical del centro el de una artista española (actriz).

INOCENCIO MORENO.

SOLUCIONES Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

ROMBO:

	R			
	R	O	S	
R	O	M	A	N
	S	A	L	
				N

TARGETA ANAGRAMA: La trapera.
LOGOGRIFO NUMÉRICO: Abdón.

F. Giró, impresor. — Calle Valencia, 233, Barcelona.